



I

Todo rasgo de la soledad es miseria

Después de un instante

O de cien años.

Es ese mismo vacío que heredó el silencio

Es ese coagulo lunar

Que arde en la noche.

II

Debajo de mi piel hay un refugio.

Puedes pisar mi alfombra

Recubierta de una capa fugas de musgo.

Podrás ascender por mi frágil escalera de osteoporosis

Y navegar descalza.

Descubrirás mi máscara
Y mi anclada libertad
No podrá soltar palomas blancas.
Y el eco ronco de la campana rota

Estallará en los desafinados tímpanos del miedo

Y tú

Explayarás tu risa

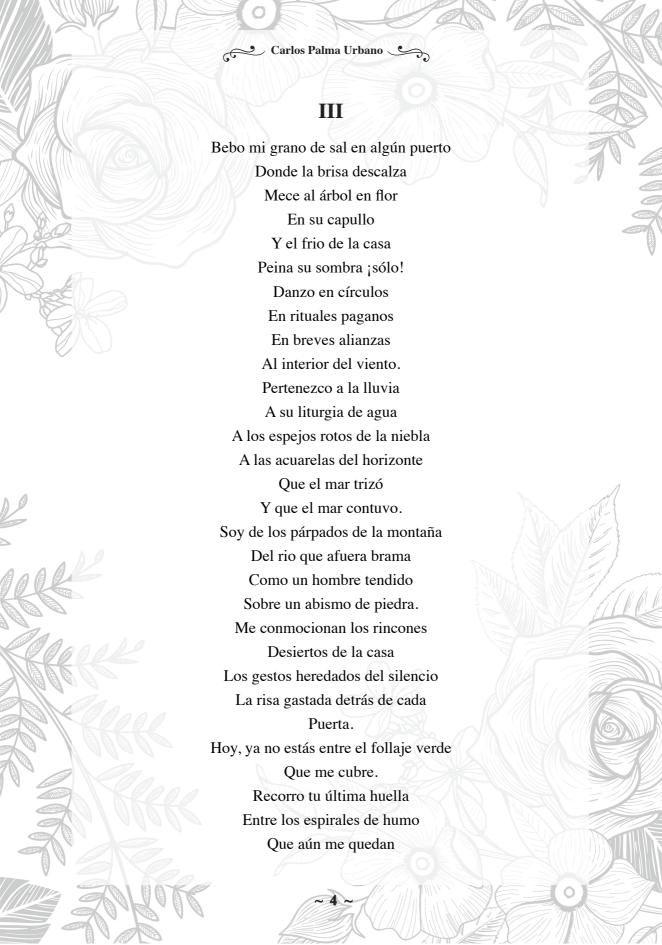
Tu tacto

Y tu hermosura;

Y yo

Desnudo como un ángel
Que no tuvo conciencia ni Dios alguno:
Germinaré en tus labios otra vez
Y ascenderé a los reinos del fuego y el pecado
Y beberé en tu ánfora la alegría de estar solos

En la eterna soledad de los silencios.



_____ La Piel de los Silencios ___

Y éste cielo azul Tendido en el paisaje.

IV

La piel
es un escurridero de adioses
de lágrimas
un extenso maderamen
donde recitamos contra viento y marea
los besos olvidados
y por dentro
la sangre caliente
nos empuja a callar
nuestro propio yo
con gritos salivales
con escupitajos de otras bocas que besamos
en un largo atardecer...

La piel
es una frívola banalidad
que no le guarda secretos a la vida
ni a las cremas cosméticos;
nos sumergimos en ella
en los terrenos baldíos de la imaginación
sin contar ni siquiera nuestros huesos
en el fondo de todos los abismos:
¡el nuestro!

Donde no somos más que gelatina y cáncer que agua sal y eses un grito insospechado donde no cabe palabra alguna



sino lástima
y una burbuja de silencio
por lo que alguna vez fuimos:
piel y sospecha.

V

Somos

Dos niños arrancándonos la piel

Más allá del deseo y el asombro

Una sombra lunar

Que protege toda luz

Y toda sombra.

Somos dos necios invitados a una fiesta de sordos

Donde el amor no existe

Y donde aún:

La indiferencia crece.

VI

En el ensimismamiento del yo
Nadamos por precarias banalidades
En la arena del deseo
Alimentamos el alma con promesas imposibles
Y cuando la ausencia aumenta en el aire
Como un denso perfume:
La noche taladra sus rencores.

No volveré a pasar frente a un espejo:
Su silencio me absorbe.
El espejo:
Es también un milagro de luz



Que oculta mi ignorancia
Y la larga letanía de mis equivocaciones.
Mis ojos son un río de miradas ausentes
De dudas.

Tú, simplemente fuiste mi liturgia y mi resignación Y la paz

Que no pude encontrar en los áridos espíritus del gozo

VII

Camino sin andar Por la aridez de tu piel y de tu olvido. No es necesario desnudar el alma Para recostarnos sobre la noche cómplice Y llegar sin prisa Al grito fragmentado de las piedras Al decapitado zumbido del agua Que arrastra su danza final a las orillas Y otorga membresías a los espejos. Debajo de la piel de cada piedra Hay otros cielos que no usurpan la luz Hay pájaros negros que no duermen Y que rondan las esquinas Los postes del alumbrado Y vigilan la torpeza de los ebrios Que esperan al tren de media noche En las estaciones vacías Debajo del frio de una luna muerta Que alberga cuerpos de risa mutilada.



VIII

Este techo me lee Como a un libro de hojas amarillas.

Clava sus ojos penetrantes

Me escruta

No me pregunta por la soledad:

Ha resuelto

La mezquindad de la ausencia.

El viento tiene manos frías

Puedo asegurarlo

Y escribe canciones de lluvia

Y de nostalgia.

Los largos ventanales

Guiñan a la oscuridad

Y el mar afuera

Recicla sus tsunamis.

Este techo me lee

Descascara el árbol interior

Y borra las distancias entre mis manos.

Este techo me lee

Sobrecogido en su espanto.

IX

Anclado, sumergido en tu cáliz,

Bebo un crepúsculo blasfemo.

Ignorado en la profunda soledad de un centinela

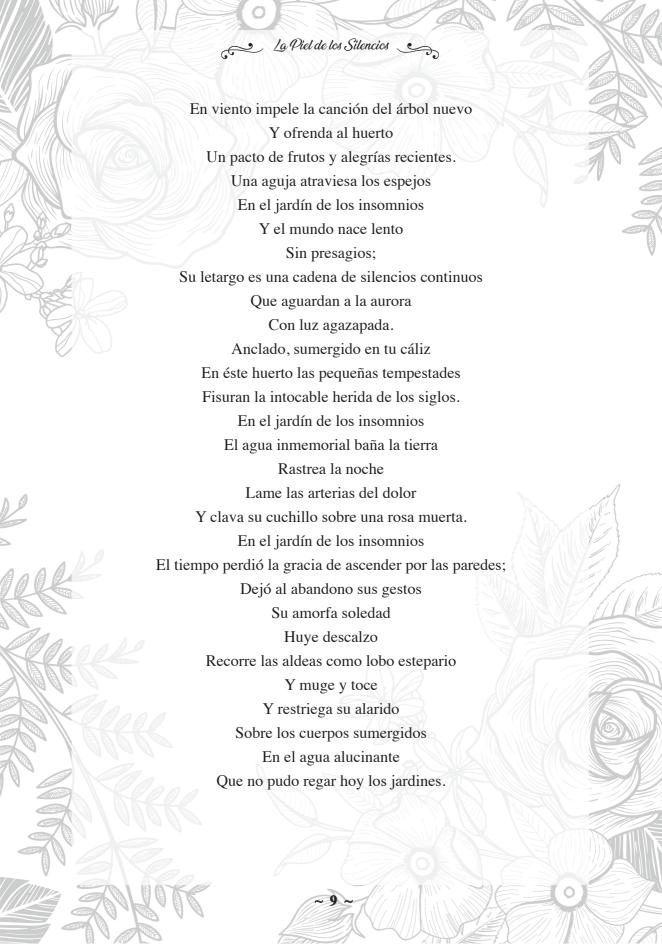
Pulso la noche

Afino un arpa

Mido desiertos de sal y aceite

Que manchan la ebriedad de un mundo nuevo.

Sobre mi espalda:





X

Vuelvo a la sal Al grano amargo del sudor sobre mi frente Transfigurado que los ojos que me habitan En las revelaciones del fuego Que por dentro quema Y expanden mi memoria Hacia un espacio de luz Al capullo estelar De alguna flor hundida En la metamorfosis del tiempo En la feroz resistencia de mis manos. Organizo una casa entre los árboles Con las piedras que las tribus ya no cargan Y el agua febril que el rio me otorga. Beso las cordilleras del sur Que a mi espalda florecen Y rastreo el útero de la tierra En la otra orilla Donde las sombras sembraron sus cicatrices Sus mares muertos, sus hordas y silencios.

XI

La noche es un viejo campanario
Una vasija
Un párpado
Una piedra dormida dentro de otra piedra
Un canto equinoccial
Un sueño leve martirizado
Por lianas de algodón
De alguna rosa muerta



El lento descansar de una mano dormida
En el espiral profundo del desierto
Y el viento de la noche que es sabio
Eleva en forma de lluvia su tormenta
Y me arrincona detrás de los muros
Donde los dioses abandonaron su arrogancia.

Afuera

La noche arde en el patio
Entre las teas de todos los caminos
En el lugar inoculado que no tuvo mañanas
Y me agregó al silencio de todos los
Humildes.

Aquí, el amor duerme
Y retuerce su cuerpo
Entre cenizas de odio y de pecado.

XII

En el silencio
Como en toda soledad:
Hay voces por siglos sepultadas.
Una...y otra vez...

Y tanta tiza borrada en el tablero.

La arquitectura guardada bajo el muro

Todos los horizontes

Que el mar trizó y que el mar contuvo

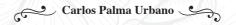
El largo funeral de su soberbia

Y el reloj

Que gira inverso a la razón

Y yo:

Vaciándome hacia adentro Hacia la incesante plenitud del ser Y su hojarasca.



Y aquí estoy odiándome
Tocándome

Asintiendo que la libertad tiene nombre de pájaro

Y que en la ventana oscilante

Se expande con la niebla

Con éste aire pesado

Que libero alrededor de la casa.

Aquí el sol

Guarda su eternidad en las paredes;

Y alguna vez:

Sufrimos " de la peste del insomnio "

O flotamos en el aire

" en la callada sudoración de fragantes rosas "

O guardamos "luto sin muerto ";Anduvimos descalzos

Por aldeas miserables

Y levantábamos espigas

Y en la tranquilidad de la sala:

Dibujábamos " pescaditos de plata "

Para la orfebrería del sueño

Y ya extenuados:

Bailamos con la brisa y sus polleras de holán

Y regresábamos tarde

Muy tarde cuando la lluvia caía

Para lavar sus muertos

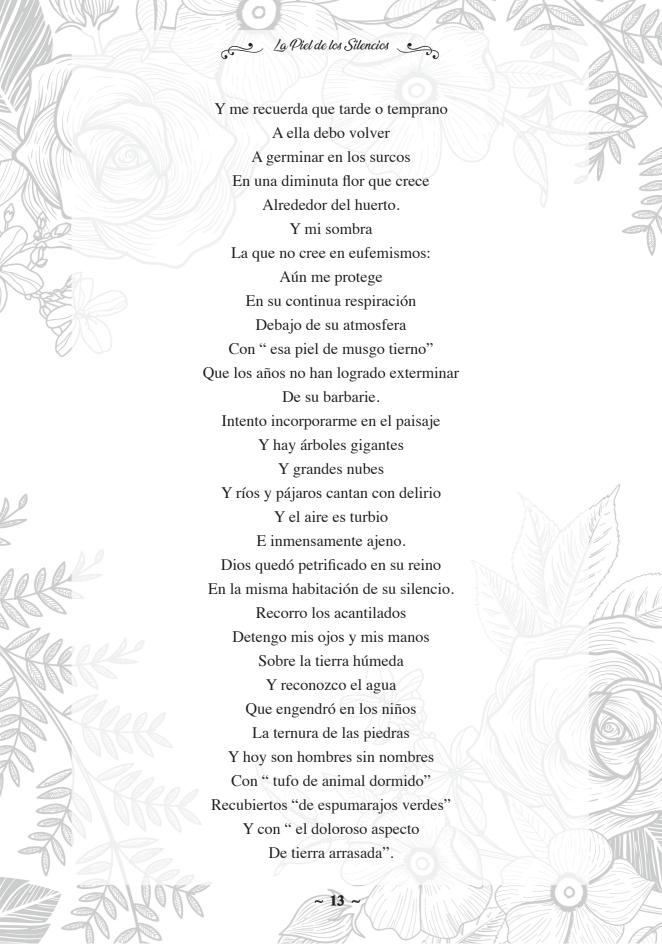
Y cerrábamos los ojos

Porque no había nada más que ver

Nada que soñar ni que contar.

XIII

No hago más que reinventarme Y sacudir la casa por todos los extremos Donde la tierra es polvo



Me reinvento

En el agua acorralada del espejo

En la inquebrantable quietud De su remanso.

XIV

Yo soy esa sombra que grita.

Las moscas zumban dentro

De las ruinas que de mi quedan

Y buscan el sonido estridente de mis labios

Y hacia adentro.

La lluvia cae con insistencia
Y gota a gota
Perforan mis oídos

Lavan mi boca putrefacta y abierta. Mi lengua

Partida por un rayo

Aún quiere salir de su soberbia

Y escupir las cicatrices

Que curaron los años y el olvido

Y mi alma aún adolorida

Sigue dispersa

Buscando entre las cruces de oscuros cementerios

Palabras nuevas
Y en el gesto redondo de cada amanecer
Encuentra su consigna:
¡Vencer y amar!

XV

Algún día tendré el coraje de amarte Con todas mis debilidades para entonces:



Las sombras no cubrirán mi desnudez Ni mi espejismo.

Y tú:

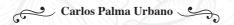
Te bajarás de esa nube

De oscuras fantasías

Y caminarás conmigo descalza y en silencio.

XVI

Adherido a la nada A la desnudez y al silencio. Cerca de algún Dios soberbio Que acumula sueños En el umbral de las metáforas En los altares rústicos del tiempo Donde cada cuerpo estruja su materia En su oxidado limbo. No soy ningún límite ni excusa. He replanteado las obsesiones y las dudas Y he mutilado el grito Que nace en cada noche En el patio de enfrente Donde la sombra crece Y borro accidentalmente El vuelo fugaz de alguna mariposa Que cruza por los espejos. Me obsesioné con la lluvia Que plagia sus ventiscas Detrás de cada puerta. He sobrevivido a la arcilla Al pertinaz polvo de estrella: ¡Eso soy y eso seré!



Allá, afuera nace lento el mundo Y con ojeras.

XVII

Yo también soy un río Tendido bocabajo y para adentro. Un rio que baña tu cintura de fuego y de metal De arenales Y profundos bosques donde un potro galopa ¿Y no me reconoces? Soy un rio silencioso Con uno y mil nombres Con una sola bandera clavada en cada orilla.

Con mis manos dibujé en su arena El nombre de mi patria Y su ambigua soledad abrió sus puertas:

Sus hombres taciturnos corrieron conmigo

En la blanca espuma

Y me ofrecieron el pan solidario De todos sus trigales.

Yo soy también la flor con su aroma Tatuado en los harapos

De esta américa, hija y hermana

Que nació en los Andes

En la piedra misma

En la arcilla

En la madera

Y creció en tus ojos

Y abrió los caminos

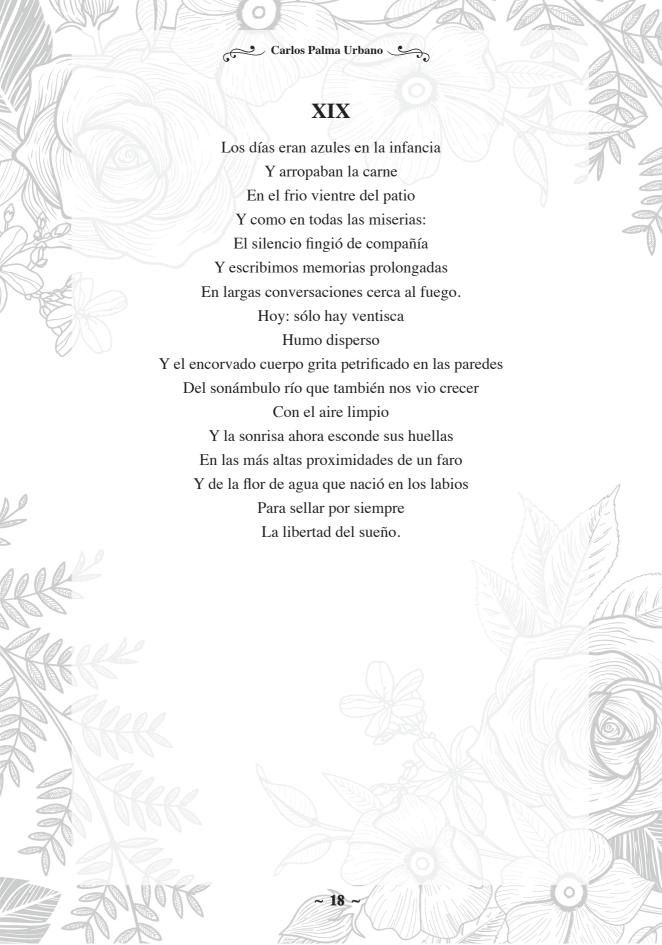
Y liberó al fuego y al metal de sus cavernas Y descendió hasta las entrañas invisibles de la tierra Y con la lava volcánica

~ 16

Insuffaron vida
A tanta oscuridad y ventisca.
Yo descendí hasta ti
Hasta perderme en ti
¡Oh, patria mineral de pies descalzos!
Hay algo que de ti, yo tengo
Algo que en ti me llama
Que vierte por mis venas
Que me empuja y me corroe
Algo que canta y grita en mis palabras:
Este corazón de isla desierta entre colinas de humo.
Yo solamente soy un rio
Que percibes en tú almohada cuando duermes.

XVIII

Ella no sabe de la lluvia No conoce cielos ni Dios alguno. Es dueña de la noche Enreda quimeras en el aire Y como por arte de magia: Conoció la ausencia En una habitación horada y húmeda Que construyó el silencio. Ella suelta mariposas amarillas en el huerto Y canta canciones de cuna Y desata incendios cuando la noche avanza Cuando la sombra ebria galopa en el paisaje. Todos somos agonías...gestos vencidos... Muy lejos de la sangre Y escamotean las fronteras Junto al mástil erecto de todos los caminos. Ella danza con la lluvia que inventaron mis ojos.







XX

Me siento a descolgar del silencio las hamacas.

Los inseparables días

Detienen el alba

Y beben de mi sal en la otra orilla

Junto al río

Y a otros destinos

Y la memoria pertenece a otro lugar

A otros vórtices

Y de nuevo zumban las abejas

Por el jardín de marchitadas flores.

Me he quedado a la sombra

Debajo de tu piel

Doblando la última caricia

Como camisa vieja

Junto a la ventana invadida de recuerdos sombríos.

Hay nubes de moscas lamiendo

La última huella de tu ausencia.

Espero la noche

Donde la oscuridad guarda mi espacio

Mientras te escribo cartas con tinta prestada

Y las palabras cambian de lugar

Sobre una página en blanco.

XXI

He permitido al tedio

Que merodee mis gestos

Y a estas palabras rojizas casi obscenas:

Que muerdan las hojas secas de las tardes

Que rastreen mi estatua de sal

Que muy dentro de mí:

Hay un abismo
Debajo de la piel
un desolado grito hecho tormenta
Que me domina y me arrastra
Contra los oscuros ventanales de los vicios
y muerde y me recuerda:
Que no soy el agua pura del riachuelo
Que soy un reloj de arena
En el postigo incipiente de los días
Que mis huesos crujen como bisagras oxidadas
Que mi casa es un cementerio
De la microfísica del desvarío
Y está llena de gestos
De canciones con aires de noctámbulos
Que un perro lame con lástima

Que yo
No soy yo
Que vivo encerrado en cada isla
En la levedad de todos los silencios
En el aguasal podrida de los años.

Las múltiples heridas del asfalto;

XXII

El tiempo no habla
Los siglos caminan solos
Y acumulan sus derrotas....
.... Y así hemos crecido:
Oxidados en la mixtura de quehaceres domésticos
Esperando un viaje iluminado por cielos intensos
Amando un sueño de regreso hacia el maíz
Amputando al hambre
El breviario de los desamparados.



Afuera:

La noche arde en el patio
Y los árboles del parque caen apedreados por pájaros suicidas.

El tiempo escribe

Y me recuerda:

Que las cosas que hoy tengo de ti

Las aprendí en tus ojos

Y que la noche también escribe

Y cubre con la oscuridad sus soledades.

XXIII

Reinvento esta tarde junto al río
Y ésta atadura de vientos
Que soplan y resoplan con rudeza
Y llevan y traen
Y deshilachan la sombra de mi sombra

Y crean el caos

Y la fuerza del grito

Retumba en ecos

En miserables súplicas de auxilio

Y mi voz entrecortada cae sembrada

En espigas de agua y de coraje.

Y como la orilla es al río:

La música es a sus orígenes de agua.

Voy rodando por la tierra

De piedra en piedra

Por las arterias del dolor

Con el rudo escalofrío de los silencios.

De su fragor nació la libertad

Y creció en mi canto

Y en torno mío:

Los pájaros vuelan



E inventan un canto nuevo al infinito.

Amo ésta tierra y éste río

Y me hablan de sus náufragos.

Mi ambigua soledad es sólo brizna

Atada a la cintura de las playas.

Tú y yo

No somos más que árboles erectos y fecundos

Hacinados a la noche pútrida

Y a sus menguantes

Atados a la argamasa de todos los diluvios

Sin fe ni resistencia.

XXIV

Sobre la vieja silla de los espectadores muertos Con esta poca prisa gastada y hacia adentro Admito que la eternidad sin ti:

¡No existe ;

Que las hojas secas del patio

Vuelan aún colgadas del silencio.

La lluvia toda está aquí tendida

Represa mis ojos

Y me limpia de todas las ausencias;

Exorciza a los cuervos que me habitan

Lejos de lunas hipócritas

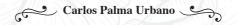
Cerca del ruido que enseñaron mis manos y tus ojos

Cerca de ti:

En tu infinito olvido.

XXV

Útero verde es mi aldea Cáscara recién diseminada.



Tierra en la que el metal vertió sus yacimientos Ancha hoja fosforescente Como el día y sus raíces.

Yo vi la noche germinando en sus tesoros Su salvaje verde domina la llanura

Hay polen en las extremidades del hombre subterráneo.

El vigoroso viento levantó

Un vuelo interminable

En mi aldea milenaria

De exóticos lugares.

Yo subí sus montañas

Y allí clavé mis ojos;

El origen del fuego nació de su espesura

Y barro y piedra rodaron por bodegas

Por mansiones nutridas del maíz

Y la madera como un tesoro verde

Germinó en las harinas

De ésta tierra sin nombre

Y trepó con sus bestias cargadas por las sombras

Y arrulló madrigales

De donde vertían los sueños:

Los silenciosos intersticios del hombre elemental

Besan la luz como a su germen

Y devuelven flores y vidas

A los altares profundos de mi patria.

Yo canté arrodillado

En la tierra de mis hermanos;

He amado tantas veces su cintura

Que una lámpara brilla

En los territorios labrados por mi sangre

Y subí hasta sus últimas montañas

También hechas de sueños.

En todos sus manantiales abrí sus puertas
Y establecí los innumerables gritos
Que el río hace en el sur
Y liberé por siempre el llanto sumergido
De los recién paridos
Felizmente en el sur.

XXVI

Debajo de la piel no soy el mismo Como la ronca campana en el fondo de algún lago.

Soy el olvidado

En su desnudez y soberbia

Quien cierra los ojos para morirse un poco.

Harto de volver al mismo pantalón

A la eterna sucesión del agua y el jabón

Al correteo de las horas y los días

Que van naciendo solos.

No soy el mismo

Y no me pertenezco

No me escucho.

En mi nacen otras vidas

Como del cielo azul caen otras lluvias.

Me condenso en los estambres de una flor

En la abeja que zumba con su miel milagrosa.

Recojo de todos los caminos

Las alfareras notas que traen los riachuelos

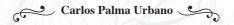
Y transcurro desnudo entre árboles y pájaros

Y toda esta apariencia de bondad que se impregna:

Es solo transición de las horas que pasan.

Me acerco otra vez a la sagrada espuma de los ríos cuando crecen

Y comprendo el murmullo de los labios que gritan.



Mi afinidad con la vida es a lo irreal
Al desquiciado día
En que tu vida fue mía y también tu tristeza;
Anduve y desanduve entre tus párpados
Descalzo entre tus manos.
Viví tu vida en medio de la mía
Y entre odio y adioses la vida va ganando
Entre voces teñidas de hojarasca
Y lugares marcados por mis besos.
Estoy refundido entre todos los caminos
Con la lámpara infinita
Que aún guardan tus ojos.

XXVII

Recojo la epidermis que queda en el asfalto Como huella muda de todo lo callado. Descubro tu aridez de sombra calcinada Y se pierde mi vida en el ocaso: Corriendo ciegamente con la muerte En todo grito En todo eco Azotando viento y ventisquero Y moriremos juntos Extinguiéndonos en la callada voz de cada piedra En la honda herida En el azote del río y su marasmo. Moriremos juntos bajo una húmeda estrella Levantaremos los brazos como aspas. Juntos hemos perdido esta guerra Enlodado el alma en los terrenos baldíos con las heridas abiertas. Vengo del sur a morir en tus brazos Mariposa infinita



Entre mis dedos salvajes;

Vengo desparramando arados

Temblando

Llorando

Rompiéndome los ojos

Alucinando en las tardes

Con el interminable ruido de tus manos.

Mi avidez rompe muros

Y mis pulsaciones destruyen islas

Y acumulan palabras.

Te voy pensando largamente por la playa

Gritando entre la brisa y los pájaros

Y vuelve a mi memoria

Tu imagen de lámpara encendida:

En ti sembré el silencio

Entre surcos y lágrimas

Y el tiempo sepultó

Junto a mí su campana.

Hemos perdido los últimos crepúsculos

Y éste abandono es mío

Y sabe a dolor o muerte.

Y la marea más alta

Cubrió toda la casa

Y la honda cicatriz

Y también tú recuerdo.

XXVIII

Los versos encontrados una y mil veces

y otra vez...

Sobre la inmensa travesía del desencanto.

El puerto asimétrico sin faro y sin barqueros.



El río que lento gime Y con su meandro fosforescente surca los muelles.

La alta noche ataviada de estrellas y cocuyos.

Esta espera profunda que se esparce detrás de las ventanas.

Tu larga cabellera acumulando soledades Los desencuentros del día frente al mar y su borrasca.

> Los insomnios que urden lejanías sobre una pared hecha de bruma. Tú y yo, anonadados por la brisa.

La luz tenue que resbala en los espejos.

El canto de las aves y su manera temprana de saludar el alba.

Tú y yo, ese sendero o tal vez milagro que forjaron los caminos.

La casa abandonada donde el cielo se olvida y se recuerda.

La insistencia del eco atrapando la sonora alegría que trae el agua.

Tú y yo, sumergidos otra vez en la tácita desolación de los impulsos.

Retorna la tarde ingenua con la mágica visión de los espíritus. Vuelvo a tu mente entre las ramas que crujen como un nuevo día. Vuelvo a ti, a la senda de tus manos

a pulsar el arpa de los sueños a gemir desnudo entre tus brazos que horadan toda luz y toda sombra.



XXIX

La lluvia humaniza los alardes del agua

Que corre intocada

Como arpa tendida bajo tierra.

Todo es sólo murmullo

Música suave

Y aunque no estaba escrito:

Se ha ido cumpliendo

Como el día es a su tarde

A sus párpados húmedos de luna

A sus menguantes

Y en torno a mí:

Una palabra canta con el rigor del viento

Y prodigiosos árboles

Nos mecen

Mecen su voz ronca

Y crece como espiga reventada en mis labios

En los valles leves de unas manos salvajes.

Yo amé una voz cerca del río:

Un grito suave de mujer

Unos ojos fulgentes como estrellas

Y a un cuerpo fugaz

Yo los amé

Y allí sembré mis pasos

Con mi voz natatoria

Que va

Que vuelve

Y recorrimos follajes adheridos al viento.

Yo amé unas blancas manos

Una frente silenciosa

Besé en el valle de hierbas

De piedras
Y de sombras
Y su palabra aún mece la tierra de mis hijos
Que amara intensamente
En el país del sueño.

XXX

Hacia atrás, hacia el ayer, hacia tus ojos.

Me he extinguido en el destino, en la nieve
en la inseparable y dura substancia del recuerdo
en la flor que sembramos oculta en la distancia como ruego.
Hui tantas veces de tus brazos y regresaba de incógnito.

¿Cómo pude repetirme tantas veces?

De tarde en tarde, girando, dando vueltas persiguiendo la sombra de mis manos?

miro hacia atrás, hacia el ayer:

sólo burbujas, tardes tristes amarradas al largo funeral de las fotografías.

Desteñido en el tiempo. Impávido. Olvidado.

Soy un molino de viento que no para de girar de tarde en tarde, girando, dando vueltas buscándote en las salas en los oscuros dormitorios

en las paredes anchas donde aún respiro este aire nuevo.

Establezco una aurora alrededor de ti y un nuevo día circunda de soslayo sus plegarias. Soy un río que rompe la geografía inhóspita que cubre los vacíos, lo inesperable, lo inasible. Soy un grito encadenado a tu cintura.

¡Oh tierra mía! tierra donde la flor soñó nuevos perfumes. Estoy palpando las horas



sumando imágenes secretas a tu nimbo.

Por ti hice retroceder el viento en la parcela
y repetía mi mirada en tus ojos.

Oh tierra mía!

Por ti hice señales de vaho bajo los puentes en ti sembré mis frutos más preciados y un instante: me diste larga vida apartaste la ceniza del fuego y diste voz a mis palabras; hiciste retroceder la máscara confusa del espanto

y yo pude encontrarte sola entre la bruma como un río que a goterones largos se desgarra como el arrullo que a mi voz consuela.

Saltando, girando, dando vueltas más allá del aire delgado que ahora sopla más allá del cometa que inventaron mis ojos.

Estoy perdido, simplemente perdido sumergido en la laguna profunda de los sueños aún no soñados ¡ahogado entre tus labios como un grito!

XXXI

Duermo entre la luz de tu asombro.

Me acoge la sonrisa del desolado surco
Y entre espiga y espiga:

Regreso al rincón anestesiado de la casa
Al lugar común de anchas paredes
En donde aún:
Los pájaros cantan
Sobre la estatua de sal
Que construyó el silencio.



... y el viento que todo lo mueve Escarba palabras perdidas Entre la soledad del huerto.

Todo es aquí misterio:

Voces roncas dentro de los árboles

Un racimo de máscaras

Uncidas a las sombras

Y el hombre subterráneo

Desgrana su maíz en silos de oro

Y sus voces transparentes

Asumieron la fuerza de mi insondable campana.

Todo es arrullo y canto

Sobre el trigal y el río

Que mecen presurosos

El fuego y el metal.

Yo, aquí amé tu voz

Que es germen y es paisaje

Y amé la flor del viento

Modelada en mis manos;

En la espesa llanura me cubrí con la bruma

Y forjé en las montañas

Mis pasos uno a uno.

Todo es piedra y arcilla

Escalofrío o relámpago

Lágrima o estambre.

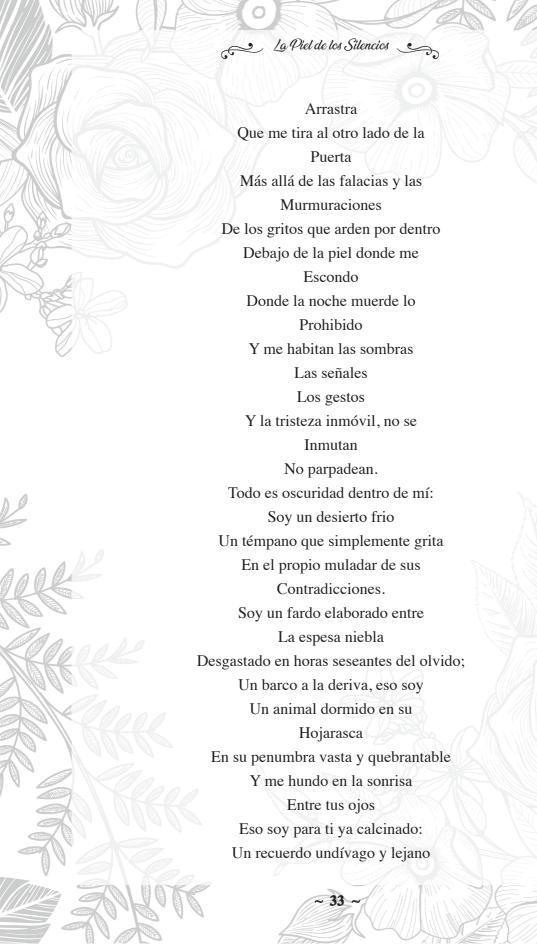
He llenado caminos con tu voz misteriosa

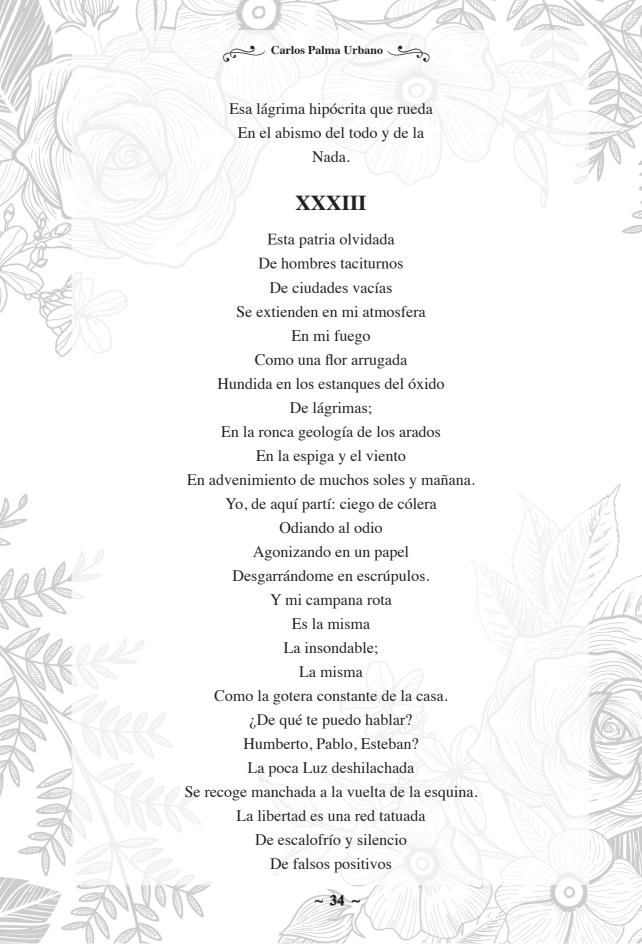
Hoy vengo a descansar

Desnudo entre tus brazos.

XXXII

Ahogo este silencio cómplice Esta parodia mutante que me



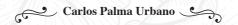


La Piel de los Silencios

Y mi palabra se hunde como una catedral en tus oídos; Encadenando la ira que por dentro crece las muertes falsas Como el ventisquero Y el espiral de humo y la mortaja. Estoy encadenado a la rabia sin máscara Al árbol genealógico de los desamparados; Vivo y muero en el conteo y reconteo De hechos perdidos En la miseria Encendiendo lámparas Soñando sueños de inocentes caídos Encendiendo teas en todos los caminos Escribiendo en el suelo sobre la misma tierra Rodando sobre la misma piedra Cantando... llorando... Llorando tu muerte y la mía.

XXXIV

Alucinado en las tardes
Descifrando líneas imaginarias
De fronteras invisibles;
Con los ojos pegados al techo
Deshojando una a una
Las maravillas de Ámsterdam;
Hablando sólo
Divagando en la extraña fascinación de lo etéreo.
Camino de principio a fin esta soledad
"entre veinte chozas de tierra
Y caña brava renegrida"
Y allí:



Instauré mi jardín Y sembré el tedio en el patio de la casa.

"Todo tiene vida propia"

Excepto la nuestra

Aseguraban los profetas

Que extraviaron su rumbo

Y vaticinaban el futuro

Y con sus grandes espejos:

Cambiaban de lugar las matas de geranios;

Los colores del arco iris

Nos sirvieron para surcar la tierra.

Afuera

La noche arde en una extraña sudoración de asombro.

Mi aldea:

La guayacana y por efectos de la neblina

Se torna como una gasa

Alrededor de la luna.

El bosque reinventa sus ataduras silenciosas

"con sus huevos prehistóricos".

Junto al río

Y con el agua de aspecto blanquecino

Arrastra la gran carpa

Donde se pronostican las lluvias.

Los Dioses aquí tienen

"forma de hombres con caras imantadas"

Y habitan en sus propias cavernas.

No logro liberarme

De éste pesado yo que me domina

Que quiebra mi forma física

Que me apacigua

Y me enseña:

"que la soledad y el olvido son vicios del tiempo"

XXXV

Adherido a la noche Al último peldaño de los sueños.

Descascaro la risa

La subterránea caricia que me abraza bajo esta piel oscura;

Recojo sus mantos

La inseparable forma de callar y continuar su fuga

Como gota de agua transparente

Que gotea en la memoria de los siglos

Sin semillas ni vientos

Sin delirios ni alianzas con el eco.

Detengo la puerta solitaria

Que triza los crepúsculos

Las escaleras de humo

Y el umbral del olvido y el silencio.

Todo termina en la oquedad de voces clandestinas

Entre acantilados y el vuelo de los pájaros.

Hay una flor para cada olvido

Y para cada olvido:

Un eslabón de arterias rotas

De gritos lanzados al vacío

Donde la piedra muerde

Y estrella contra los árboles sus cenizas

Ciegas de ira;

Sus sombras

Y el canto sórdido

Sobre la piel irisada de mis manos.

Destierro el agua y el deseo, las hordas avaras.

Despojo los pétalos de una flor dormida

En las proximidades del odio

En los siniestros territorios del fuego

